

regado tantas veces con los raudales de su sangre, y testigo de sus acciones mas heroicas. En virtud de lo qual, aquel divino Crucificado no permite el verse enagenado de aquel cuerpo, sí, de aquella tierra preciosa en que habia cogido tan sazonados frutos de las mas excelentes virtudes. Por tanto, su soberana providencia dispone que de aquel sitio no se apartase, y que desde allí hiciese su partida para la inmensa region de la eternidad; para lo qual lo impossibilita, lo inacciona, agrava sus dolencias, le abrevia los últimos instantes de la vida, y con presurosos pasos le acerca á los oscuros umbrales de la muerte; para que entregando en sus manos soberanas el aliento postrero de su espíritu, dexase allí sepultado su cuerpo, hasta que baxase del empireo su dichosa alma á unirse con él gloriosamente en el último dia de los siglos.

CAPITULO XX.

Fallece el siervo de Dios con evidentes señales de santidad, y es venerado de todos su bendito cadáver.

123. **Q**ue alegre, que gozoso y que festivo vuelve de la campaña y se acerca á las puertas de la ciudad triunfante el valeroso y esforzado capitan, que despues de una larga y muy reñi-

da batalla, despues de haber rendido á los enemigos, á costa de peligrosas heridas, de sudores, afanes y desvelos, despues de vencidas las asechanzas y estratagemas del contrario, despues de los mas fuertes ataques, y de los mas inminentes peligros á que expuso su vida, se restituye victorioso á gozar las delicias de las córte, donde le espera liberal el Rey, llenas las manos de dones, de gracias y mercedes para exáltarle y premiarle sus victorias, donde con cánticos alegres y dulces consonancias le aguardan los ciudadanos prevenidos de palmas y laureles para coronarle, y donde entra finalmente lleno de júbilos y aplausos á posesionarse de aquel trono que le merecieron sus heroicas hazañas y proezas, para gozar el mas abundante premio colmado de alabanzas, de triunfos y de gloria.

124. No ya las fútiles ansias y deseos de una caduca gloria, y de una diadema temporal y transitoria; sino la firme esperanza de un reyno eterno y de una corona inmarcesible, fue la que conduxo al campo de batalla á nuestro famoso héroe, y célebre campeón de santidad Fr. Bartolomé, á declarar viva guerra contra todos los comuneros del abismo, y escondido en el oculto retiro de una gruta, forma de ella un fuerte castillo para ponerse á cubierto de los furiosos tiros y asaltos del mundo; se defiende y guarnece con el pode-

roso escudo de la oracion contra los ardides y astucias del demonio, y esgrimir la espada y el cuchillo de la mortificacion y penitencia contra los impetus insultivos de la carne. Treinta y nueve años duró la lid sangrienta, y estos mismos perseveró constante y valeroso con los refuerzos y socorros que de la divina gracia recibia, postrando, rindiendo y derrotando las fuerzas y el poder de sus impios enemigos, siendo un trunfo cada asalto, y cada combate una victoria.

125. Ya este valiente Alcides enarbolando el estandarte del Crucificado, y esgrimiendo las armas poderosas de la oracion y penitencia, habia triunfado de todos los adversarios gloriosamente: ya esta clara antorcha de perfeccion y santidad habia esparcido sus luces delante de los hombres y todos habian visto sus virtudes y buenas obras, y glorificado por ello al Padre Celestial: ya en fin este invicto soldado de Cristo habia peleado una buena peléa contra los enemigos de la Cruz, y consumado en ella el curso de sus dias, y guardado hasta el fin la fé y la lealtad que le debia al Príncipe de las eternidades Jesucristo; solo le restaba el pasar à la feliz posesion de aquella corona de justicia que el divino Juez supremo tendrá prapercibida para darle en premio de sus fieles y cabales servicios.

126. En efecto, el Señor que es fiel en sus

promesas, no tardará en cumplirlas, y todo lo que aflige á su siervo con aumentarle los dolores en el cuerpo le fortalece y consuela con el creciente de dulzuras y alegrías que en su espíritu derrama, como primicias de aquellas delicias sempiternas que en breve gozaria. De aquí se originaba aquel placer y contento que mostraba aun en medio de la mayor gravedad de sus achaques, de manera que mas se afligian los circunstantes en sus dolencias que él mismo, y debiendo ser él el consolado, él era quien procuraba consolar à los demas; y solo era su pena y sentimiento el no verse quanto antes libre del peso de su cuerpo para volar à los brazos de aquel supremo Bien por quien siempre suspiraba. Pasado en fin el miércoles en que habia recibido el sacramento del Oleo, y la noche de ese dia en que tuvo algun sosiego, al amanecer del dia siguiente juéves se agravó de manera, que llamando à su compañero le dixo, que desde las plantas de los pies hasta la cabeza le dolian todos los miembros. Así pasó el dia con gran trabajo: llegando esa tarde el P. Prior de Malinalco en compañía del P. Fr. Nicolas Solano à visitar al santo enfermo, se contristó mucho de verle tan agravado, y habiéndolo percibido el, con grande entereza le dixo, agradeciéndole la visita: *No se afliga, P. Prior, sino alabe á Dios de que se cumple su voluntad, y démosle gracias por ello.*

Hablóle el P. Prior al oído secretamente; y aunque no se supo que fué lo que le dixo, debe juzgarse que le diria que no lo olvidase delante de Dios; pues en aquel trance no podia decirle otra cosa: y el enfermo muy en sí le respondió diciendo: *tenga V. R. confianza en Dios y fé viva, que es muy fiel. Bendito sea por siempre. Amén.* Después llegó el P. Solano á consolarlo con razones de mucho peso, y habiéndolas oido muy atento el venerable enfermo, respondió con grande afecto de humildad y ternura: *Cristo nuestro Señor y esposo de las almas clavado en una cruz por el amor de los hombres; ¿y el hermano Fr. Bartolomé en una cama acostado? Cristo solo y desamparado de sus discipulos, padeciendo gravissimos dolores, ¿y el hermano Fr. Bartolomé cercado y rodeado de sus hermanos?* A esta consideracion le replicó el P. Solano: hermano mio, no hay sino pedir á Dios misericordia y resignacion en sus manos. A que respondió diciendo: *Así lo bago: y dándose golpes de pecho, se volvió hácia la pared.* Lo que decia hablando con Dios no se percibia bien, porque por su flaqueza apenas se le entendia lo que hablaba. Pasó aquella noche casi en continua suspension, clavados los ojos y el alma en una imágen de nuestra Señora. El viérnes amaneció tan alentado, que todos concibieron esperanzas de su salud y mejoría.

127. El sábado estuvo muy recobrado; aunque él bien cierto de que aquellos alientos eran aparentes, y nada contento en ellos solo suspiraba porque se acercara el último momento que tanto deseaba; porque llegando en este dia ciertos medicamentos, dixo así: *no hay ya necesidad de esos remedios, porque ya está muy cerca la hora.* Instaron aun en aplicárselos los que le asistian, y él los admitió humilde y obediente. A la tarde llamó al P. Fr. Nicolás Solano, y habiendo estado un rato con él hablando á solas le dixo el prudente religioso, porque el demonio con la sutileza que suele no le sugiriese alguna vana confianza: *hermano Fr. Bartolomé, en esta hora arrimar á un lado todas las obras penales de ayunos, disciplinas y cilicios, y las demas como sine las hubiera hecho, y poner su confianza en los méritos de la sangre y pasion de Jesucristo, que él nos ha de llevar al cielo.* A lo qual respondió: *no permita Dios que yo piense tal cosa. Yo no he hecho penitencia; solo confio en la pasion de Cristo nuestro Señor.* Diciendo esto comenzó á hablar tan altamente del misterio inefable de la Encarnacion del Verbo Divino, del qual era devotissimo, que el dicho P. Solano con ser tan excelente teólogo, afirmó que excedia á su estudio y capacidad lo que habló de la importancia, grandeza y amor de Dios á los hombres, que resplandecen en aquel so-

berano misterio: y esto mismo testificó el P. Fr. Juan de Figueroa; y se echaba de ver que hablaba lo que ya casi veía à la luz de la gloria que tan cerca tenía.

128. El domingo amaneció muy alegre, y tan en sí, que parecía que estaba ya superior à la muerte, y tenía vencidas todas sus amarguras: hablaba de ella, no como quien la tenía; sino como quien la deseaba. Rogóle al P. Fr. Juan de S. Josef que le llamàse à los padres Fr. Nicolás Solano y Fr. Juan de Figueroa, y teniéndolos delante y à todos los demas que le habian asistido, como despidiéndose de ellos, les agradeciò la asistencia que le habian hecho, y aseguró que el Señor les pagaria. Concluido esto se quedó en silencio como suspenso, y por interválos hablaba con Dios con palabras que se oían; pero no se percibían: hasta las once de la noche estuvo en esta disposición, y llamando à su querido y fiel compañero Fr. Juan de S. Josef, y volviendo à hacerle el encargo que queda dicho arriba, le echó su bendición, y se despidió de él últimamente, obrando en ellos esta despedida distintos efectos, porque Fr. Juan lloraba al ver que se le iba todo su consuelo; y el siervo de Dios se alegraba porque se partía à su descanso.

129. Habiéndose despedido de su amado compañero, se recogió todo en Dios y en sí por

largo espacio de tiempo: despues del qual, improvisamente se llenó su rostro de una extraordinaria alegría, y su dichosa alma rebosando en gozos celestiales prorumpió cantando con clara y distinta voz que oyeron todos, y con festivas demostraciones: *Alleluya... Alleluya... Alleluya.* Y luego añadió: *Gloria in excelsis Deo.* Y volviendo à su quietud, silencio y serenidad, se estuvo inmovil, hasta que entre las doce y la una de la noche durmió serenamente el sueño de una dulce y dichosa muerte, y entregó su venturoso espíritu en paz à su Criador, que le habia criado para gloria suya, para honra de su esclarecida religion, para espejo de verdaderos penitentes, para aliento à los flacos, para confusion à los fervorosos, para exemplo de todos y para resucitar en nuestros tiempos, y en nuestro emisferio las inimitables y osombrosas asperezas del yermo, y que supiera por este, el como fueron en otro tiempo los eremitas austeros y rígidos anacoretas de Egipto, de Siria y de Nitria, y nos persuadiésemos que lo que pudo alla entónces en aquellos la poderosa gracia del Señor, pudo acá ahora en este siervo venturoso suyo, y podrá tambien en nosotros en todo tiempo que nos dispongamos como se dispusieron todos esos, para aprovecharnos de esa gracia.

130. Luego que aquella alma felicísima voló

á colocarse entre los coros de los ángeles, quedó su bendito cuerpo hecho una alegre admiración de todos los que lo miraban: su rostro se puso en aquel instante muy blanco y muy hermoso, y aun al parecer de todos resplandeciente: los ojos, que en vida siempre mantuvo cerrados por el rigor de su mortificación, ahora dexaron verse bañados de una hermosura alegre y esplendorosa, de tal modo, que más parecía vivo que muerto: todo el cuerpo y partes de él, que en vida estaban ásperas, secas y denegridas, dexan ahora admirarse blancas, suaves, blandas y tactables, y todo él aun más venerable y hermoso que quando vivo. Luego que hubo amanecido empezó á concurrir á la cueva toda la gente que estaba en el santuario, y la mucha que de los contornos venia llegando á ver y á venerar ya difunto, al que conocieron y admiraron casi quarenta años tan muerto á las cosas del mundo, como vivo á las del cielo. Unos les besaban los pies, otros las manos, otros se tenían por dichosos si podian conseguir alguna partecica de los instrumentos de sus penitencias, de sus cilicios, de sus disciplinas, de sus cadenas, de su pobre ropa. Repartióse entre los que vinieron despues, devotos y aficionados del siervo de Dios, una túnica vieja, cuyos pedazos recibieron y apreciaron como reliquias. Los que le habian conocido y tratado en vida,

viendo aquel penitente cuerpo con tantas señales de haber sido morada de una alma santa, sintieron diversos efectos nacidos de una misma causa: unos lloraban de dolor y sentimiento de haber perdido un amigo tan bueno, y un intercesor tan seguro con Dios en sus necesidades; otros sentian una extraordinaria alegría, considerando la felicidad que gozaba (como piadosamente creian) y que estaba en el cielo, donde lo tenían más seguro para invocarlo y experimentar sus socorros. Fué su dichoso tránsito dia lunes á la una poco menos de la mañana diez y ocho de febrero, del año de mil seiscientos cincuenta y ocho, poco ménos de noventa de edad, y de ellos los treinta y nueve de ermitaño y penitente morador en el desierto de Chalma.

131. Este fué Fr. Bartolomé de Jesus Maria, esta su exemplar y austera vida, y esta su venturosa y santa muerte; Ah! Que luz tan clara y refulgente para nuestro desengaño! Persuadimonos á que la virtud verdadera (digo verdadera, á distincion de la falsa virtud, que es un especioso exterior con que el fingido virtuoso pretende persuadir á los demas, siendo él quien se engaña así mismo) creemos, digo, que es un extraño lenguaje que no habla con nosotros, y que solo puede hallarse en algunas almas de superior gerarquía, y colocada en tan elevada esfera que nos sea del.

todo imposible el alcanzarla. Nos figuramos á la austeridad y penitencia tan agena de nuestra práctica, tan fugaz á nosotros, y de tan áspero y rígido semblante que solo pudo verificarse en los Pablos, en los Antonios y en aquellos otros famosos héroes de las primeras tebaydas. Pretendemos finalmente, que la perfeccion y santidad es una qualidad de tan singular exêncion y prerogativa, que unicamente esté anexâ á aquellos milagrosos portentos, à quienes despues la iglesia nos los dá á reconocer en sus altares, y que la santidad solo es propia de muy raros y singulares sujetos: de cuyo errado dictâmen quizá dimanó aquel comun proloquio: *nació para santo*. Como si el precepto del evangelio en que nos manda Jesucristo *que seamos santos, porque él tambien es santo*: y en otra parte, *que seamos perfectos, como lo es nuestro Padre Celestial*. Como si este precepto digo, excluyera á alguno de su observancia, y no hablara en comun con todos nosotros. Desengañémonos, no hay persona de qualquier estado, calidad ó condicion que sea, que no pueda, si es fiel á los alicientes de la gracia, llegar al mas alto grado de perfeccion y santidad, de mas ó ménos illustre gerarquía, segun la sabia disposicion de la Divina Providencia, y conforme á la medida de las gracias, como enseña S. Pablo, y los mas ó ménos carismas que á cada uno comu-

nica, que aunque entre sí diferentes son todos en un espíritu, y es el dador uno mismo, segun el citado Apóstol.

122. De estos mismos sentimientos (segun yo opino) se hallaba informado sin duda aquel grande corazon de nuestro (ya bienaventurado) Bartolomé al tirar las primeras lineas en aquel plan de vida que premeditó entablar por la fortuita leccion de aquel libro en que vió dibuxado el penitente original de donde habia de sacar, y sacó en el dilatado lienzo de su espíritu la mas viva copia de perfeccion y virtudes. Y aun quizá esforzando sus alientos à la vista de exemplar tan admirable se diria él asimismo: *¿Pues qué no podré yo con la asistencia de la divina Gracia hacer lo que hizo este Antonio y todos sus demas hijos?* Así debió sentirlo, y así vino á practicarlo: y al golpe de este auxilio llegó á formar en él la fuerza y el poder de la gracia un asombro de la mas rígida penitencia, un espejo de las virtudes mas heroicas, un modelo de la mas alta perfeccion, y un relicario de la mas eminente santidad, puesto á nuestra vista para la imitacion y el exemplo.

123. Ea bien, lector piadoso: *¿Pues qué, y no podremos tu y yo hacer lo mismo que practicó este á imitacion de aquellos?* No es mas que tener ojos, y aplicarlos á la luz de las reflexiones, que ofrecen los hechos prodigiosos de este por-

tentoso héroe. El tuvo, es verdad, á mas del ar-
rimo de la gracia, el dechado de aquellos insig-
nes penitentes; pero nosotros sobre el socorro de
la misma gracia (que no puede faltar porque Dios
es muy fiel en sus promesas) deberemos contar
con el exemplo del uno y de los otros. Y si él pu-
do trasladar á nuestro continente las austerida-
des que florecieron allá en las soledades del Egip-
to mas de doce siglos antes; ¿por qué no podre-
mos nosotros seguir sus huellas estando aun mas
recientes, despues de solo siglo y medio que nos pre-
cedió en la carrera? En efecto, la mano del Sr.
no está abreviada, ni se halla ceñida á los tiem-
pos, á las regiones, ni á la diversidad de las gen-
tes: santos ha habido en todas las épocas del
mundo, en todos los climas, y en todas las nacio-
nes. Seamos nosotros fieles al auxilio, como lo
fueron ellos; que poderoso es Dios á formar de
las mismas piedras hijos fieles de Abraham, y ha-
cer de nosotros por su gracia vasos de eleccion
que rebozen en alabanzas de las eternas miseri-
cordias.

CAPITULO XXI.

*Trátase de sepultar el cadáver del venerable
siervo de Dios, y acaecen varias circunstancias
notables que hicieron glorioso su sepulcro.*

124. Así acostumbra Dios el honrar en la

muerte á sus santos, á aquellos que fieles en la
observancia de sus mandamientos, arreglaron to-
das sus acciones, y aun sus mas pequeños afectos
al nivel de la divina Ley. Ignorado y aun des-
preciado vive el justo á los ojos del mundo y de
los mundanos, y su vida es el objeto de la burla y
del escarnio de los deslumbrados del siglo; pero
Dios nuestro Señor que con su infinito conoci-
miento sabe juzgar y discernir el mérito elevado
de sus fieles siervos y amigos, dispone con sabia
y amorosa providencia que aquel infeliz á los
ojos de los insensatos, cuya vida reputaban por
locura, y cuyo fin juzgan será ageno de toda hon-
ra ese mismo, dispone el Señor, que cerrando
el penoso curso de sus dias con una muerte pre-
ciosa en sus divinos ojos, aparezca á la vista de
aquellos necios, incluido en el número de los hi-
jos de Dios, y su suerte colocada entre los santos.

125. Ignorado á los ojos de los hombres vi-
vió el bienaventurado Bartolomé, y ageno de to-
das las grandezas, y aplausos del mundo: y habiendo
de este modo vivido para Dios únicamente, tan
solo con Dios llegó á morir; pero una muerte,
que siendo principio de una eterna vida, dexó en
el cuerpo las señales de aquella gloria que ya es-
tà gozando el alma. Apenas ha espirado el santo
varon, quando comienza Dios á obrar prodi-
gios para honrar su muerte y sepulcro. Ya había